

envidia y de la difamación. En una palabra, no trataríamos á nuestros compatriotas de puros ó de conservadores; el hombre de mérito sería nuestro amigo, y el pérfido nuestro enemigo. A continuación pongo el formulario que desearía yo suscribiesen todos los hombres honrados, explicando sus intenciones de la manera más simple y clara.

Los infrascritos declaramos solemnemente que creemos en conciencia que dos y dos hacen cuatro, y que consideramos como enemigo nuestro á todo el que tratare de persuadirnos lo contrario. Nos hallamos igualmente resueltos á sostener, á costa de todo lo que más estimamos en el mundo, que seis son menos que siete en todo tiempo y en todo lugar; y que dentro de tres años no serán más de lo que son hoy. Declaramos además, que nos encontramos firmemente decididos á llamar negro toda nuestra vida lo que es negro y blanco lo que es blanco; que nos opondremos en todo tiempo con peligro de nuestra vida y fortuna á todos los que llamaren negro lo que es blanco, ó blanco lo que es negro.

Si hubiese tal asociación de personas honradas, que sin consideración á los empleos tratasen de extirpar á esos furiosos celadores, dispuestos á sacrificar la mitad de su patria á la venganza y los intereses de la otra, como también á todos esos infames hipócritas que sólo buscan su provecho bajo pretexto del bien público; y á todos los que llevan una vida desarreglada y abominable, sea que se adhieran á uno ú otro partido, y cuyo sólo mérito consiste en una ciega sumisión á las órdenes de sus directores; si esto pudiese hacerse, repito que pronto se vería extinguido el espíritu de partido que puede exponer á una nación al desprecio de las demás.

Este espíritu de división afecta tanto más á las almas bien nacidas, cuanto que no sólo destruye la virtud y el sentido común, y hace á los ciudadanos crueles unos contra otros, sino porque perpetúa las animosidades y transmite á la posteridad las mismas pasiones.

#### DISECCIÓN DE LA CABEZA DE UN PETIMETRE Y DEL CORAZON DE UNA COQUETA.

(Versión del inglés de Addison.)

Concurri últimamente á una reunión de naturalistas, y uno de ellos relató las curiosas observaciones que había hecho recientemente en la anatomía del cuerpo humano. Otro comunicó algunos asombrosos descubrimientos hechos con lentes de prodigiosa magnitud. Esto dió margen á multitud de observaciones curiosas, que procuraron materia para discurrir el resto del día.

Las diferentes opiniones que se manifestaron enriquecieron mi imaginación de nuevas ideas, que, mezclándose con las que antes tenía, ocuparon mi pensamiento toda la noche, y al cabo formaron un sueño de lo más extravagante.

Figuréme que había sido yo invitado á la disección de la cabeza de un petimetre y el corazón de una coqueta, puestos en una mesa delante de nosotros. Un cirujano abrió la primera con la mayor delicadeza, y de pronto nos pareció como si no fuese cabeza de hombre; pero luego que la consideramos con nuestros lentes hicimos un raro descubrimiento, y fué, que lo que tomábamos por cerebro, no era en realidad sino un brodio de materiales extraños, confundidos en aquella forma y textura, y colocadas con maravilloso arte en las varias cavidades del cráneo. Y así como Homero nos dice que la sangre de los dioses no es real sangre, del mismo modo hallamos nosotros que el cerebro de un petimetre, no es verdadero cerebro, sino algo que se le asemeja.

La glándula pineal, que muchos de los físicos modernos consideran como el asiento del alma, despedía un olor muy fuerte á esencia de bergamota y agua de naranja, y estaba rodeada de una especie de substancia callosa, cortada en mil pequeñas faces ó espejos, imperceptibles al ojo desnudo; de manera que el alma, si alma existió allí, debió hallarse siempre ocupada en contemplar sus propias bellezas.

Observamos un espacioso antro ó cavidad en el *sinciput*, que estaba lleno de lazos, encajes y bordados; todo lo cual formaba una delicadísima obra de randa y aguja, cuyas partes eran igualmente imperceptibles al ojo desnudo. Otro de los antros estaba apretado de billetes amatorios, cartas de citas, contradanzas prometidas, y otras bagatelas semejantes. En otra cavidad

hallamos una especie de polvo, que hizo estornudar á los circunstantes, y por su fragancia conocimos que era fino rapé de la Habana (a). Los demás huecos estaban llenos de cosas de la misma especie, y sería fastidioso presentar al lector un exacto inventario de ellas.

Había una profunda cavidad en ambos lados de la cabeza, y no debo guardar silencio sobre su contenido. La del lado derecho estaba atestada de ficciones, lisonjas, embustes, votos, protestas, promesas y seguridades; y la del izquierdo, de juramentos y de imprecaciones. De cada cavidad salía un tubo, que iba á dar al nacimiento de la lengua, y ambos pasaban adelante, formando un solo conducto, hasta la extremidad de ella. Descubrimos diversos caminos ó canales, que corrían de la oreja al cerebro, y tuvimos particular cuidado de examinar sus verdaderas corrientes. Una de ellas se dirigía á un paquete de sonetos y pequeños instrumentos de música; otras finalizaban en varias vejigas llenas de viento ó de espuma. Pero el canal mayor entraba en una gran cavidad del cráneo, y de allí partía otro conducto para la lengua. Esta gran cavidad estaba llena de una substancia fofo y esponjosa, que los anatómicos franceses llaman *galimatias*, los españoles *jerga* y los ingleses *nonsense*.

La cutis de la cabeza era en extremo correosa y densa, y nos sorprendió muchísimo no descubrir en ella ningún vaso sanguíneo á pesar de habernos servido de los mejores lentes, y de esto concluimos que las mejillas, en su estado vital, debieron hallarse privadas de la facultad de sonrojarse.

El hueso criboso se hallaba completamente henchido de tabaco, y en algunos lugares dañado con aquella substancia. Nos llamó particularmente la atención aquel pequeño músculo que cuesta tanto trabajo encontrar en las disecciones, y que sirve para levantar la nariz, cuando el propietario de ella quiere manifestar el desprecio que experimenta á vista de una cosa que no entiende. Es inútil advertir á los eruditos lectores, que este músculo es el mismo que produce el movimiento, mencionado tantas veces por los poetas latinos, cuando hablan de un hombre que encoge la nariz, remedando al rinoceronte (b).

No vimos nada de notable en el ojo, excepto que los músculos

(a) En los tiempos del autor era moda entre los petimetros tomar rapé.  
(b) Véase á Horacio, libro 1, sátira vi, y á Marcial, libro 1, epig. iv.

amatorios, ó sean, páseosen, la palabra, músculos *guñantes*, estaban muy gastados, con el uso de ver al soslayo, á la vez que los músculos *elevantes*, que sirven para dirigir los ojos al cielo, no parecía que hubiesen sido puestos nunca en movimiento.

Sólo he hablado en esta disección de los descubrimientos nuevos que se hicieron, sin examinar ninguna de las partes que se encuentran en las cabezas comunes. Respecto del cráneo, del rostro, y aun de toda la figura externa, no notamos nada que se diferenciase de los otros hombres. Se nos dijo que el propietario de esta cabeza había pasado por hombre de treinta y cinco años, que durante todo este tiempo había comido y bebido como los demás, que había hablado muy alto, vestídose muy bien, reído con mucha frecuencia, y en ciertas ocasiones desempeñado pasablemente su papel en los saraos y las tertulias. Al oír esto, uno de la asamblea dijo, que un círculo de damas lo había considerado como erudito. Murió en la flor de su edad, de un garrotazo de un rico comerciante, por haber observado que se mostraba algo más que civil con su mujer.

Después de haber examinado muy detalladamente esta cabeza y todas sus divisiones, volvimos á poner el cerebro en su lugar, y la dejamos separada sobre un pedazo de paño escarlata, para que sufriese las preparaciones necesarias, y colocarla después en un gabinete de disecciones anatómicas. Además, el cirujano nos dijo que la preparación no sería tan difícil como la de las otras cabezas, visto que la mayor parte de los vasos y tubos que atraviesan el cerebro, estaban ya bastante impregnados de una substancia mercurial, que él consideraba como *azogue*.

Se puso en seguida el cirujano á diseccionar el corazón de la coqueta; pero antes nos previno que nada en su arte era más dificultoso que abrir corazones de esta especie, y exponer bien todas sus partes á los ojos de los espectadores, á causa de la infinidad de laberintos, pliegues y repliegues que en él se encuentran, y que no existen en el corazón de ningún otro animal.

Después de haberlo abierta con su acostumbrada delicadeza, nos pidió que observásemos el pericardio ó cubierta exterior del corazón, lo cual hicimos atentamente; y con ayuda de nuestros lentes, vimos millones de cicatries pequeñas, que parecían haber sido hechas por las puntas de multitud de dardos y de flechas, lanzadas contra esta membrana; pero no pudimos descubrir el más pequeño orificio, por medio del cual hubiesen pasado estos tiros hasta el corazón.

Todos los que tienen alguna tintura de anatomía, saben que el pericardio ó bolsa del corazón, contiene un licor rojizo y claro, que se cree ser el producto de las exhalaciones que se evaporan del corazón, y que se condensan en esta substancia acuosa. Cuando fué examinado este humor, se halló que contenía todas las cualidades del espíritu de vino, usado en los termómetros que señalan los diferentes cambios del tiempo.

No debo olvidar una experiencia que uno de los concurrentes nos dijo haber hecho con este licor, que encontró en grande abundancia en el corazón de una coqueta que había disecado. Asegurónos que lo había vaciado en un tubo pequeño, como el de un termómetro, y que en vez de señalar las variaciones de la atmósfera, designaba las cualidades de las personas que se hallaban en la pieza en donde estaba suspendido. Agregó que este licor se elevaba á la cercanía de una pluma, de una mantilla, de un par de guantes, y que bajaba luego que aparecía en el cuarto una cabeza mal peinada, un par de zapatos groseros ó un vestido á la antigua, y aun aseguró que cuando él reía cerca de este licor, subía sensiblemente, ó bajaba con prontitud luego que recobraba su aire serio. Finalmente, trató de persuadirnos que por medio de este instrumento podía conocer si en la pieza había un hombre de buen sentido ó un fatuo.

Después de bien examinado el pericardio y considerado el licor que en él se hallaba, vinimos al mismo corazón. La superficie exterior era tan lisa y resbalosa, y la punta tan fría, que cuando quisimos agarrarlo se escapó de nuestras manos como un pedazo de nieve. Las fibras se hallaban más intrincadas que las de los otros corazones, y el de esta coqueta parecía formar un verdadero *nudo gordiano*, de modo que sólo pudo tener en vida palpitations y movimientos muy irregulares. Cuando examinamos todos los vasos que salían de este corazón y los que penetraban en él, no pudimos descubrir ninguna comunicación con la lengua, lo cual nos pareció cosa muy extraordinaria. Al mismo tiempo se nos hizo observar que varios de aquellos pequeños nervios que contribuyen á las sensaciones del amor, el odio y otras pasiones, no bajaban del cerebro, sino de los músculos situados alrededor de los ojos.

Tomé yo este corazón en la mano para estimar su peso, y me pareció tan ligero, que desde luego supuse que habría en él mucho sitio hueco. En efecto, el interior estaba lleno de cavidades y celdillas que entraban unas dentro de otras, asemejándose á las mil

divisiones que los historiadores dan á la glorieta de *Rosamonda*. Varios de estos pequeños huecos estaban llenos de bagatelas que me sería imposible detallar. Se nos dijo que la propietaria de este corazón, recibía las solicitudes de todos los que la enamoraban, y que no sólo daba á todos esperanzas, sino que insinuaba á cada uno en particular que él era el preferido; y por esta razón esperábamos ver los retratos de infinidad de personas en la multitud de recessos y pliegues de este corazón; pero nos sorprendimos de no hallar la menor señal de imagen, hasta llegar al centro, en donde vimos, con ayuda de nuestros microscopios, un homrecillo, vestido de una manera extraordinaria. Mientras más lo examinaba yo, más me parecía haberlo visto antes, pero no podía recordar cuándo ni dónde, hasta que uno de la compañía, que lo examinó más de cerca, nos hizo ver claramente, por la forma de sus facciones y varias señales de su rostro, que el idolo colocado en el centro de este corazón, era el pelmetre cuyo cerebro acabábamos de disecar.

El cirujano terminó su operación, y nosotros aun no podíamos determinar la naturaleza de un corazón tan diferente del de las otras mujeres, y por eso determinamos hacer algún experimento que nos descubriese su substancia. Lo pusimos, pues, sobre carbones hechos ascuas, y en vez de consumirse, vimos que permanecía intacto; y de esto concluimos que poseía las cualidades de la salamandra, y que habría podido vivir en medio del fuego y de las llamas sin quemarse.

Cuando admirábamos tan extraño fenómeno, formados en círculo, dejó escapar este corazón un profundo suspiro, ó más bien estallido, y repentinamente se disolvió en humo. Este imaginario estallido, que me pareció más fuerte que el de un cañonazo, produjo en mi cerebro un sacudimiento tan fuerte, que desperté y no pude dormir más.

DISTRIBUCIÓN DE RECOMPENSAS POR LA DIOSA  
DE LA JUSTICIA.

ALEGORÍA.

*(Versión del inglés de Addison.)*

Paseándome en uno de los jardines públicos de esta capital, (a) fijé la atención en varios hombres de edad, que no han podido alcanzar reputación en el mundo, ni bienes de fortuna considerables; y por otra parte, no pude menos de murmurar de la repentina elevación de personas de menos edad que la mía, y de la desigualdad de riquezas, honores y otras conveniencias de la vida. Hallábame absorto en este pensamiento, cuando sobrevino la noche, y sumergió mi alma en una contemplación mucho más agradable. El cielo, lleno de esplendor, presentaba un hemisferio estrellado, extremadamente grato al que se complace en el estudio de la naturaleza. La noche era fría, la atmósfera transparente; se distinguían las constelaciones con la mayor claridad, y las estrellas despedían todo su brillo. No pude mirar escena tan asombrosa, adornada, y por decirlo así, iluminada, sin entregarme á propias meditaciones, sobre el Autor de tan luminosos y sorprendentes objetos. En ocasiones como éstas, la filosofía sugiere motivos á la religión, y la religión aumenta el placer de la filosofía.

Luego que mi alma recobró su serenidad, me retiré á mi casa con la satisfacción de haber pasado algunas horas en pensamientos propios de un ser racional, y prometiéndome que el sueño me sería grato. Apenas me quedé dormido, cuando tuve una visión, pues no sé cómo llamarla, que parecía prolongar mi meditación de por la tarde, pero con circunstancias tan solemnes y serias, que no puedo dejar de referirlas, aunque debo confesar que 'el desvarío de la imaginación me presentó, como por lo regular sucede en los sueños, algunas cosas extravagantes.

Figuréme que veía yo la misma atmósfera azulada, sembrada de los luminosos globos que había yo contemplado poco antes. Consideraba yo atentamente aquel signo celeste conocido bajo el nombre de *Libra*, cuando de pronto adquirió una claridad extraor-

(a) Londres.

dinaria, como si el sol hubiese salido á medianoche. Por el aumento de su tamaño y resplandor, conocí que se acercaba á la tierra, y al fin pude discernir en medio de él, una cosa como aureola, y á poco percibí distintamente la figura de una mujer. Al principio me imaginé que este objeto podría ser el ángel ó inteligencia que guiaba la constelación sobre la cual bajaba; pero examinándolo más de cerca, vi á su rededor todos los emblemas con que suele pintarse á la diosa de la justicia. Su aspecto era sumamente respetable y majestuoso, pero de exquisita belleza para los ojos fuertes que podían fijar en ella la vista; su sonrisa enajenaba de raptó, y su ceño causaba terror y desesperación. Tenía en la mano un espejo dotado de las mismas cualidades del que los pintores ponen en manos de la verdad.

Este espejo derramaba una luz que sobresalía entre todos los resplandores que rodeaban á la diosa, como un relámpago en la mitad del día. Al vibrarlo en su mano diestra, iluminaba los cielos, el aire ó la tierra. Cuando la diosa había bajado lo suficiente para ser vista y escuchada de los mortales, quiso, á fin de hacer más soportable el claror de su pomposa presencia, arrojar alguna obscuridad y nubes en rededor suyo, lo cual templó la luz, y ésta tomó mil hermosas sombras y colores, de modo que el brillo, que poco antes deslumbraba con la mayor fuerza, se multiplicó en infinita variedad de aureolas más apacibles.

Entretanto, el mundo se alarmaba, y sus habitantes se reunían en un extenso llano, de modo que todas las razas parecían estar delante de mis ojos. Escuchóse una voz de las nubes, declarando que el intento de esta visita, era restituir á cada uno lo suyo, poniéndolo en posesión de lo que le pertenecía. El temor y la esperanza, el pesar y la alegría, que se dejaron ver en aquella inmensa multitud después de esta solemne declaración, no pueden expresarse. Publicóse entonces el primer edicto, que mandaba, « que todos los títulos y pretensiones á riquezas, bienes raíces, ó á parte de ellos, se posesien desde luego en posesión de sus legítimos propietarios ». Dada esta orden, los habitantes de la tierra elevaron los diferentes documentos de sus posesiones, ya de papel, ya de pergamino, sellados con lacre, ó de cualquiera otra materia. La diosa vibró el espejo de la verdad, para que por medio de su luz, examinase la multitud aquellos testimonios. Los rayos de este espejo tenían la virtud particular de prender fuego á todo lo que era fraude y falsedad. El incendio de papeles, la fundición de sellos, el crujido de los pergaminos, formaban

una singular escena. Á veces el fuego devoraba dos ó tres líneas sin pasar adelante; y no pude menos de observar, que las llamas destruían principalmente las interlineas y los codicilos. Al vibrar hacia abajo el espejo, la luz entraba en los rincones y parajes más recónditos y obscuras del universo, y por este medio se descubrieron muchos escritos, memorias y testamentos que habian sido ocultos ó sepultados por el tiempo, la casualidad ó la malicia. Esto ocasionó una asombrosa revolución en el pueblo. Al mismo tiempo, los despojos de estorsión, fraude, robo, con todos los frutos del cohecho, del soborno y de la corrupción, fueron amontonados en una prodigiosa pirámide que casi tocaba las nubes, y fué llamada *Montaña de la restitución*, al pie de la cual se llamaron á las personas perjudicadas para recibir lo que les pertenecía. Se veían llegar allí sujetos andrajosos, y cambiar vestidos con personas llenas de encajes y de bordados. Varios que estaban en *pelata* (*plums*) ó muy cerca de estarlo, se vieron de pronto dueños de una moderada fortuna; muchos que habian vivido sobrecargados de riquezas y de haciendas, quedaron reducidos á gastar únicamente lo necesario. Lo que más me interesó, fué ver cierta calle que disfrutaba en Europa del mayor crédito, declararse de cabo á cabo en quiebra.

La segunda orden fué para que todas las familias se formasen en grupos separados, y apenas se hubo esto ejecutado, cuando salió un edicto para que todos los hijos quedasen á cargo de sus verdaderos padres. Esto puso en movimiento á una considerable parte de la asamblea, pues al paso que el espejo derramaba su luz sobre las personas, inspiraba á cada cual un instinto irresistible, que le daba á conocer á sus reales aunque ilegítimos padres. Fué espectáculo muy melancólico, ver á padres de numerosa familia quedarse sin hijos; á solteros espantados de verse con una carga de ellos; á los presuntos herederos de grandes bienes, pedir la bendición y besar la mano á su cochero, y á célebres bellezas rendir obediencia paternal á su *camarero*. Muchos que habian hecho voto de vivir célibes, se vieron rodeados de numerosa descendencia. Este cambio de parentesco habria causado lamentos mucho mayores, si no hubiese sido porque la calamidad pareció muy común, y porque generalmente aquellos que perdieron sus hijos, tuvieron la satisfacción de verlos en manos de sus más íntimos y apasionados amigos. Apenas habian sido puestos los hombres en posesión de sus bienes y de su progenie, cuando salió el tercer edicto, ordenando que todos los empleos de

dignidad y honor, fuesen conferidos á las personas de mayor mérito y habilidad. Los sujetos de buena figura, los fuertes y los ricos, fueron los primeros que avanzaron; mas no siendo capaces de soportar el resplandor del espejo que les bañaba las caras, se retiraron inmediatamente entre la muchedumbre; pero como la diosa examinaba á todos con el espejo, del mismo modo que el águila ensaya á sus aguiluchos por medio del sol, era curioso ver que desviaban el rostro del espejo todos aquellos que no se habian distinguido por su virtud, talento ó idoneidad. Esta selecta asamblea se formó en el centro de una prodigiosa multitud que se había agolpado para observarla, del mismo modo que se amontonan los ociosos para ver el manejo de arma de algún regimiento. Aquella asamblea estaba dividida en tres cuerpos: el primero comprendía á los sujetos virtuosos; el segundo, á los literatos; y el tercero, á los hombres de negocios. Era imposible fijar la vista en el primer cuerpo, sin una secreta veneración; los sujetos que lo formaban, tenían un aspecto tan dulcificado con humanidad, elevado con contemplación, animado con firmeza, y ennoblecido con los más gratos modales, como suelen serlo todas estas cosas cuando proceden de secretos hábitos de virtud. No pude menos de notar que muchos de estos rostros eran desconocidos, no sólo á la multitud, sino aun á varios de su mismo cuerpo.

En la segunda columna, que consistía de sabios y literatos, hubo tantas disputas con motivo á la formación de ellos en filas ordenadas, que sólo pudieron entrar en orden por un mandato positivo de la diosa, la cual dispuso que los genios supremos y de mayor potencia fuesen colocados á la cabeza de la columna. Detrás de éstos vinieron los que habian mejorado sus almas contemplando los escritos y pensamientos ajenos. Á retaguardia quedaron los hombres cuya fantasía era mayor que su buen juicio, y su lectura mayor que su entendimiento. Todos los autores vivos de algún mérito, fueron colocados en una de estas clases; pero no pude menos de sorprenderme al ver la mala acogida que se dió á un numeroso cuerpo de críticos, comentaristas y gramáticos, los cuales de por sí habian formado un gran cuerpo, y con bastante arrogancia exigían el primer lugar en la columna de la ciencia; mas la diosa en vez de escuchar su pretensión, convirtió sus vestidos en libreas, y les ordenó que en lo sucesivo se contentasen con no ser más de lacayos de los sabios.

La tercera columna era de hombres de negocios, y consistía de

capacidades militares y civiles. Los militares, separándose del resto, se colocaron á la cabeza, lo cual no gustó á los demás, pero éstos no se atrevieron á disputarles el puesto. Hice varias observaciones tocantes á este último grupo, pero me asistieron motivos particulares que no me permiten darlas á luz. El público se sorprendió hallando muchísimas caras nuevas en los puestos más eminentes, y yo alegréme mucho de ver que todos mis amigos, ó conservaron sus actuales cargos, ó fueron elevados á otros más eminentes.

Luego que la diosa hubo distribuido justicia al sexo masculino, desapareció éste de la escena, y de pronto cubrióse el llano de infinidad de mujeres. Tan encantadora multitud llenó mi alma de indecible placer, y como la luz celestial del espejo les daba en el rostro, muchas parecían más bien ángeles que habían bajado acompañando á la diosa, que seres humanos sujetos al juicio de aquélla. El susurro de las lenguas y la confusión de voces fueron tan grandes en esta nueva asamblea, que la diosa se vió obligada á imponer silencio repetidas veces, antes de lograr que atendiesen á sus edictos. Todas conocían muy bien que el negocio más importante para ellas iba á establecerse; es decir, la *primacia*. Esto suscitó infinitas disputas y alboroto en todo el sexo. Cada una produjo sus títulos ó hizo valer sus pretensiones: *nacimiento, hermosura, talento ó riqueza*, fueron las palabras que de un extremo á otro aturdieron mis oídos. Algunas exaltaron el mérito de sus maridos, otras su propio poder en gobernarlos. Estas elogiaron su inmaculada virginidad, aquellas su numerosa descendencia. Varias se jactaron de ser las madres, y otras las hijas de personas ilustres. No hubo perfección ni prendas de ninguna especie que no se mencionasen, ó que no fuesen puestas en obra.

El canto, el baile, las miradas cariñosas, las muecas, la sonrisa, el juego del abanico, éstas y todas las demás artes irresistibles que practican las mujeres para cautivar el corazón de los hombres, encontraron allí ocasión de lucir. La diosa, para terminar la disputa, ordenó « que cada una tomase lugar según su más ó menos grado de hermosura ». Esta orden procuró la mayor satisfacción á toda la asamblea, y cada dama se enderezó, levantó la cabeza y apareció con todas sus gracias. Las que se consideraban garbosas en sus movimientos, hallaron ocasión para dar algunos paseos ó fingir algunos tropezones, á fin de que sus personas fuesen vistas desde el punto de vista más ventajoso. Las que po-

sean gargantas y cuellos hermosos, mostraron una irresistible curiosidad de ver las partes más distantes de la asamblea, y se empinaron sobre las cabezas de la multitud. Varias llevaron su mano á la frente, procurándose sombra, como para ayudar sus ojos, y ver mejor á la diosa, pero en realidad para mostrar sus pulidas manos y brazos. Todas las damas resintieron un regocijo aún mayor, cuando escucharon que para decidir esta gran controversia, cada una pudiese ser su propio juez, y tomar lugar según la opinión que formase de sí misma, al consultar con el tocador ó espejo de la verdad.

La diosa dejó caer entonces el espejo de la verdad en forma de una cadena, que se extendía á medida que bajaba y acercaba á los ojos de los circunstantes. Este espejo tenía la particular virtud de destruir todas las falsas apariencias, y de retratar á las personas tales cuales eran. La diosa comunicó tan diversos movimientos al espejo, y lo colocó bajo tan distintas luces, que cada persona tuvo oportunidad de verse y examinarse.

Es imposible describir la rabia, el placer, el asombro que aparecieron en cada figura al mirarse en el espejo. Muchas damas se sobrecogieron de su propia forma, y habrían roto el espejo si hubiesen podido alcanzarlo. Otras vieron marchitas sus facciones, y su propia admiración cambió en fastidio y aborrecimiento. La dama que pensaba ser grata á todos los ojos cuando se mostraba colérica, y que era celebrada como mujer enérgica, se espantó de su propia imagen, y creyó que veía en el espejo á una furia. La codiciosa é interesada manceba vió á una arpa, y la sutil coqueta á una esfinge. Mi corazón sufrió mucho al ver tanta destrucción de bellos rostros; mas al mismo tiempo tuve el gusto de ver aumentada la belleza de varias conocidas mías que siempre he considerado como obras perfectas de la naturaleza. Observé que algunas pocas, bastante humildes, no se sorprendieron de sus propias perfecciones, y que muchas que habían vivido en el retiro y severidad de una vestal, brillaron con todas las gracias y atractivos de una sirena.

La asamblea se dividió en tres cuerpos, solteras, casadas y viudas; las casadas en medio, las solteras á la derecha, y las viudas á la izquierda, aunque costó mucho trabajo impedir que estas dos últimas secciones no invadiesen el centro. La diosa expidió varios edictos cuyo tenor he olvidado, y solo dos quedaron en mi memoria, tanto por lo extraordinario de ellos, como por haberse ejecutado con la mayor severidad. El intento de la diosa

fué hacer un ejemplar en los dos extremos del mundo femenino; es decir; de aquellas mujeres que se muestran muy severas respecto de la conducta de las demás, y de las que descuidan la suya propia. La primera sentencia que la diosa pronunció fué, « que toda mujer aficionada á la censura y la detracción, perdiese el uso de la palabra, » castigo muy suficiente para las culpables, y que desarraigaba completamente el crimen. Con este edicto, que se ejecutó sin retardo, el vocero de la asamblea disminuyó considerablemente. Fué en efecto, espectáculo muy melancólico, ver convertidas en mudas á tantas que habian gozado la reputación de rígida virtud. Una dama que estaba á mi lado y vió mi consternación, me dijo que se asombraba de que yo tomase tanto interés por semejante hato de.... Por el movimiento de su cabeza deduje que iba á pintarme los caracteres de sus compañeras; pero su repentino silencio me dió á conocer que acababa de perder el uso de la lengua. Esta calamidad hizo principalmente estrago entre aquellas mujeres conocidas bajo el nombre de gazmoñas y devotas. La segunda sentencia pronunciada contra la parte relajada del sexo, fué : *que inmediatamente apareciesen con las resultas de sus fragilidades, todas las que las habian tenido.*

Esto presentó un espectáculo muy jocoso; y las incontinencias que reveló fueron tantas, que las damas que habian perdido el uso de la lengua, sintieron más que nunca no poder hablar, bien que al mismo tiempo, pues los cuidados rara vez vienen solos, muchas de las mudas se vieron atacadas de esta nueva calamidad.

Esta visión duró hasta mi usual hora de despertar y no fué para mí poca sorpresa el verme enteramente solo, después de haber pasado la noche en medio de tan prodigiosa multitud.

#### CONVENIENTE EMPLEO DEL TIEMPO.

*(Versión del inglés de Addison.)*

Comparando á solas la industria del hombre con la de los demás seres, hice la reflexión de que á pesar de ser en nosotros un deber el vivir en continua ocupación, los animales pequeños, llevados puramente del instinto, nos sacan sin embargo mucha ventaja en el particular, y somos tanto menos excusables cuanto

que tenemos mayor variedad de cosas en que ocuparnos. La razón nos abre un campo ilimitado de negocios, que los otros animales no son capaces de desempeñar. Las bestias de presa, y aun creo todas las otras especies, en su natural estado de existencia, dividen su tiempo entre la labor y el descanso; siempre trabajan ó duermen. En una palabra, todo el tiempo que no duermen, lo emplean en busca de sustento ó en consumirlo. Sólo entre los hombres, con gran desdoro de nuestra naturaleza, se oyen repetidas quejas de que « el día es largo y pesado; que no saben qué hacerse, ni cómo pasar el tiempo », y otros semejantes murmullos vergonzosos que se oyen en boca de los que se denominan « seres racionales ». ¡Cuán censurables no son tales expresiones en boca de criaturas que tienen las ocupaciones del alma como las del cuerpo para emplear el tiempo convenientemente; criaturas que, además de los quehaceres de su empleo ó profesión, pueden dedicarse á los deberes de la religión, de la meditación, de la lectura de libros buenos y útiles y en plática con sus semejantes! Criaturas que pueden ejercitarse en una ilimitada prosecución de conocimientos y virtudes, y llegar á ser cada hora más discretos, más sabios y mejores de lo que eran antes!

Después de haber ocupado largo rato mi pensamiento con reflexiones de esta naturaleza, tomé, según mi costumbre, un libro para entretenerme y preparar mi alma al sueño. El autor que esta vez me cupo en suerte fué Luciano, cuyo « Diálogo de los Muertos » me entretuvo durante una hora, y esto produjo probablemente en mí el siguiente sueño.

Figuréme que era yo conducido á la entrada de las regiones infernales, en donde vi á Radamanto, uno de los jueces de los muertos, sentado en su tribunal. Á su izquierda estaba el portero del infierno, y á su derecha el del Eliseo. Supe que el juez ocupaba aquel día su asiento para juzgar á multitud de mujeres que habian llegado y esperaban se les señalase el lugar de su mansión. Me sorprendió oírle hacer á cada una la misma pregunta; es decir: qué era lo que habia hecho durante su vida. Habiendo dirigido esta pregunta á toda la asamblea, unas á otras se fijaron la vista sin saber qué responder. « Señora, dijo á la primera, Vd. ha vivido en la tierra más de cincuenta años; ¿qué es lo que Vd. ha hecho allí durante todo este tiempo? » « ¡Qué es lo que he hecho! dijo ella, realmente no lo sé: pido que se me conceda algún tiempo para refrescar mi memoria. » Después de media hora, dijo, que se habia ocupado en rizar el cabello;

y Radamanto ordenó al portero de la izquierda que se hiciese cargo de ella, « ¿Y Vd., madama, dijo el juez, que fija la vista con aire tan dulce y cariñoso, y que creo ha venido á este lugar á los veintinueve años, que es lo que ha hecho durante todo este tiempo? » « Yo, contestó, tuve mil cosas entre manos, habiendo pasado los doce primeros años de mi vida en vestir á una muñeca de goznes, y los restantes, en leer comedias y novelas. » « Muy bien, dijo Radamanto; ha empleado Vd. su tiempo lindamente. ¿Fuera con ella! » La que siguió fué una sencilla ranchera. « Y bien, señora Tomasa, dijo el mismo, ¿que es lo que Vd. ha hecho? » « Voy á dar á Vd. gusto, señor. Yo no llegué á vivir cuarenta años completos; pero con todo, regalé á mi marido siete hijas; le amasé nueve mil quesos, y dejé con él á mi hija mayor para que cuide la casa durante mi ausencia, y sin vanidad puedo decir, que es una excelente ama de gobierno. » « Radamanto se rió de la simplicidad de la buena mujer, y mandó al portero del Eliseo que la tomase á su cargo. « ¿Y Vd., bella dama, dijo el juez, qué es lo que ha hecho durante estos treinta y cinco años? » « Yo, señor, no he hecho ningún daño; puedo asegurárselo á Vd. » « Muy bien, ¿pero qué es lo que Vd. ha hecho? » La dama se llenó de confusión á esta pregunta, y no sabiendo qué contestar, los dos porteros avanzaron á un mismo tiempo y la tomaron uno de la mano izquierda y otro de la derecha con pretensión de llevarla uno al Infierno y otro al Eliseo; pero Radamanto, observando en su aspecto y conducta una ingenua modestia, dijo á ambos que la soltasen, y mandó ponerla de lado para volver á examinarla cuando estuviese más desocupada. Una mujer de un mirar agrio y orgulloso se presentó ante el juez, y éste le preguntó qué era lo que habia hecho. « Yo, contestó, he vivido ciertamente sesenta años en un mundo muy malvado, y me dieron muchas cóleras dos hijos petulantes. Pasé la mayor parte de mis últimos años en condenar las locuras de los tiempos; día por día censuraba yo la necia conducta de mis conocidos y de las gentes que trataba, con el fin de impedir que cayesen en semejantes errores é impropiedades. » « Muy bien, dijo Radamanto; ¿pero tuvo Vd. el mismo ojo vigilante sobre sus propias acciones? » « Á la verdad, señor, contestó, estaba yo tan ocupada en publicar las faltas del prójimo, que me faltaba tiempo para considerar las mías. » « Madama, dijo Radamanto, sírvase Vd. avanzar hacia la izquierda, y dejar lugar á esa venerable matrona que está detrás. Señora anciana, dijo el

juez, me parece que es Vd. ochentona. Ya ha oído Vd. la pregunta: ¿qué es lo que ha hecho Vd. en el mundo durante tan largo tiempo? » « ¡Ah, señor, contestó, hice lo que no debí haber hecho; pero siempre fué mi ánimo cambiar de vida, y si no hubiese yo sido arrebatada prematuramente.... » « Señora, dijo el juez, tenga Vd. la bondad de seguir á la dama que acaba de partir; » y viendo á otra de la misma edad, le hizo la reiterada pregunta, á la que contestó: « He sido mujer de un hombre que me fué tan querido en mis postreros años como en mi juventud. He sido madre muy afortunada con mis hijos, á los que eduqué con el mayor esmero, enseñándoles todo lo bueno. Mi hijo mayor es adorado de los pobres y amado de todos los que lo conocen. Viví dentro de mi propia familia, y le he dejado más riquezas de las que encontré. » Radamanto, que conocía el mérito de aquella señora, se sonrió al escucharla; de modo, que el portero del Eliseo, que sabía su deber, le alargó la mano. Apenas la hubo tocado, cuando las arrugas de la anciana desaparecieron, sus ojos brillaron, sus mejillas se inflaron tomando el color de rosa, y toda ella apareció en completo verdor y hermosura. Una joven, al ver que el portero del Eliseo poseía en tal grado el arte de embellecer, suspiraba por verse en sus manos, y abriéndose camino con algún trabajo por entre la multitud, fué la primera que se presentó al juez, quien habiéndole preguntado qué habia hecho durante los veinticinco años que habia pasado en el mundo, respondió: « Luego que llegué á mis años de discreción, hice cuanto pude por parecer amable y tener muchos admiradores. Con la mira de conseguirlo, pasé mi tiempo embotellando esencias, inventando jabones, moliendo cascarrilla, mezclando colores, poniéndome lunares postizos, consultando mi espejo, adornándome con arreglo al color de mi cutis, descubriendo mi seno cuanto más podía, apretándome el corpiño, ajustándome el calzado.... Radamanto no quiso oírlo más, é hizo señal al portero negro para que cargase con ella. Apenas éste la habia tocado, cuando sus colores se desvanecieron, su rostro se llenó de arrugas, y toda su persona tomó la figura más desagradable.

Estando en esto, fui sorprendido por un voceo distante, de multitud de mujeres, riendo, cantando y bailando. Entróme el mayor deseo de conocer el recibimiento que se les haría, y también mucho temor de que Radamanto hiciese cesar pronto su alegría; pero el ruido que hicieron al acercarse fué tan grande, que desperté.



Estuve algún rato considerando en la rareza de este sueño, y no pude menos de preguntarme á mí mismo : ¿ Qué es lo que hago en el mundo? y mi respuesta fué : Escribir papeles de esta naturaleza. Concluiré el presente, recomendando á mis compatriotas que se dirijan á sí mismos igual pregunta. Si cada uno lleva con frecuencia la mano á su corazón y considera lo que hace en aquel instante, sentirá impulsos para no proseguir en aquellos ociosos, ó lo que es peor, viciosos momentos de vida; su alma, en los instantes mismos de entregarse á una serie de pensamientos indiferentes ó perniciosos, se verá elevada; y si tal toque de pecho lo verifica en momentos de ocupaciones útiles y laudables, se sentirá más gustoso y animado; en una palabra, aligerará mucho aquella culpa que los mejores hombres reconocen con razón en sus diarias confesiones, y que consiste en *no haber hecho aquellas cosas que debieron hacer, y ejecutado otras que no debieron poner en obra.*

#### MÉRITO COMPARATIVO DE AMBOS SEXOS.

(Versión del inglés de Addison.)

Entre las reglas de Longino, ninguna me admira más que la que aconseja á un autor, deseoso de alcanzar lo sublime y de transmitir su nombre á la posteridad, que considere, al tiempo de componer, lo que Homero ó Platón, ó alguna otra celebridad literaria, podría haber dicho ó pensado en la misma ocasión. Con frecuencia he observado yo esta regla, tanto respecto de los mejores autores antiguos, como de los modernos; pero el público, y no yo, podrá juzgar si lo he hecho con alguna ventaja. Con todo, me aventuro á decir, con M. Dryden, cuando declara haber seguido el estilo de Shakespeare, que tratando de imitar tan grandes autores, he sacado siempre algún provecho. Por este medio he renovado también varias maneras antiguas de escribir que, aunque muy instructivas y entretenidas, habían sido puestas de lado y olvidadas hace muchos años. Mencionaré ahora únicamente aquellas alegorías en que las virtudes, los vicios y las pasiones humanas, aparecían como reales actores.

Para que una alegoría sea agradable é instructiva, la fábula debe ser ante todo, perfecta, y verse llena, si es posible, de cam-

bios y sucesos sorprendentes. En segundo lugar, debe cimentarse en asuntos morales, y prestarse á reflexiones nuevas que aumenten su valor.

Queriendo imitar una vez el estilo de Spencer, compuse una fábula de personas y caracteres imaginarios, fundándola en la trillada disputa sobre mérito comparativo y las excelencias entre los dos sexos, cada uno de los cuales ha tenido sus abogados entre los hombres de letras. Pues que no tengo tiempo para concluir esta obra, presentaré al lector la fábula desnuda, reservando las decoraciones del verso y la poesía para otra oportunidad.

Compitiendo una vez los dos sexos por la superioridad, llegaron á declararse una guerra conducida principalmente por los auxiliares de ambos. Los Varones se hallaban formados á la izquierda de una llanura, y las Hembras á la derecha, dejando en medio un espacio considerable para la lucha de sus respectivos auxiliares. En las dos extremidades de aquel espacio, estaban acampados varios cuerpos de fuerzas neutrales, que esperaban el éxito de la batalla para declararse según les pareciese mejor.

El principal cuerpo de los Varones auxiliares lo mandaba la Fortaleza, y el de las Hembras la Hermosura. La Fortaleza comenzó la contienda; pero pronto descubrió, á costa suya, que en las miradas de la Hermosura había una especie de sortilegio que anonadaba sus fuerzas; y en efecto, la Hermosura, con su sonrisa y sus miradas, la debilitó de tal modo, que la desarmó completamente, y habría pedido cuartel si no hubiese sido por la Sabiduría que vino en socorro suyo. La Sabiduría mandaba el ala derecha de los Varones, y habría alcanzado la victoria, á no habersele opuesto la Astucia, que mandaba el ala izquierda de las Hembras auxiliares. La Astucia era jefe de ingenieros en el bello ejército; pero esta vez recibió orden de contrarrestar los ataques de la Sabiduría. Era cosa muy entretenida ver las maniobras de ambas antagonistas; la conducta de la una, y las estratagemas de la otra. Nunca se había visto una contienda más igual; de modo que los espectadores daban á veces la victoria á la Sabiduría, y otras á la Astucia, bien que la ventaja más declarada la obtuvo la última.

Entretanto, el conflicto era terrible á la izquierda del ejército, en donde la batalla comenzó á decidirse en favor de los Varones. Esta ala era mandada por un oficial experto y maduro, llamado Paciencia, y el ala de las Hembras, por un general conocido bajo el nombre de Escarnio. Éste, aunque peleaba á manera de los

partos, sacó la ventaja al principio; pero cansado con las largas persecuciones y repetidos ataques del enemigo, que había sido rechazado cien veces y otras tantas vuelto á la carga, pensaba ya en rendirse; pero repentinamente comenzó á moverse un cuerpo de fuerzas neutrales, mandadas por un general corpulento y feo llamado Lujuria, que no daba cuartel á amigos ni enemigos. Un cuerpo de fuerzas femeninas marchó á oponérsele, mandado por un general que tenía el aspecto de un serafín y el nombre de Modestia. Este bello héroe se veía asistido de otro jefe más fuerte y varonil, llamado por los hombres Honor, y por los dioses Orgullo. Hizo este último una obstinada defensa, y rechazó al enemigo más de una vez; pero al fin se rindió á discreción.

El formidable monstruo después de haber deshecho escuadrones enteros del ejército femenino, atacó á los varones, entre los que hizo destrozos aun mayores. El general que le hizo resistencia, llamado Razón, trajo contra aquel enemigo todas sus fuerzas, y tuvo indecisa la batalla por algún tiempo; pero al fin abandonó el campo.

Después de gran carnicería por ambos lados, los dos ejércitos convinieron en reunirse contra el enemigo común, y para llevarlo á efecto eligieron una banda selecta, poco numerosa, que de común acuerdo fué puesta bajo las órdenes de la Virtud, y en pocos momentos rechazó fuera del campo al horrible monstruo.

Cuando éste huía derrotado, otro general neutro, cuyo nombre era Amor, se puso en movimiento y se colocó entre los dos ejércitos. Este general mandaba un cuerpo de diez mil niños alados, que arrojaron sus flechas indistintamente entre los dos bandos. Las heridas que producían con sus dardos, en vez de ser envenenadas, eran gratas, y su efecto tan extraño que infundían un espíritu de amistad y reconciliación entre los dos sexos. Ambos ejércitos se sintieron entonces inclinados á amarse mutuamente, y arrojaron sus armas con lágrimas de alegría, como si desearan olvidar todas las animosidades y darse muchos abrazos.

El último general de las fuerzas neutrales que apareció en el campo, fué Himeneo, que venía á retaguardia del Amor; y favoreciendo las buenas inclinaciones que éste había inspirado, reunió las manos de ambos ejércitos. El Amor le acompañaba generalmente, y recomendaba á los dos sexos, par por par, á sus buenos oficios.

Pero así como vemos no pocos individuos que suelen revestir el uniforme de generales, sin las virtudes ni conocimientos que

reclama el arte militar, la Ambición y la Avaricia, tomaron luego las insignias y vestido del Amor, y por este medio engañaron á Himeneo, conduciendo á presencia suya varios pares que él nunca habría unido, si no hubiesen sido conducidos por los dos impostores.

#### IMPROPIEDAD DEL ORGULLO.

(Versión del inglés de Addison.)

No hay pasión que se escurra más imperceptiblemente en el corazón, ni que se oculte bajo más disfraces, que el orgullo. Por lo que á mí toca, pienso que si me hallo libre de algún vicio ó pasión, es del orgullo; aunque quién sabe si este juicio que formo de mí mismo, no procede, en cierto modo, de este principio corrompido.

Siempre he visto con placer mezclado de asombro, aquella sentencia de la Sagrada Escritura: « El orgullo no fué hecho para el hombre. » No hay ciertamente situación ninguna en la naturaleza humana, bajo su condición presente, que no baste para extinguir en nuestros corazones, todas las semillas secretas del orgullo; antes por el contrario, á deprimir nuestra alma y reducirla al humilde estado que los escolásticos llaman anonadamiento de uno mismo. El orgullo no fué hecho para el hombre, porque el hombre es:

- 1º. Un pecador.
- 2º. Un ignorante.
- 3º. Un miserable ser.

Nada hay en su entendimiento, en su voluntad, ó en su presente condición, que pueda inducir á ninguna criatura racional á dar entrada en su pecho al orgullo y á la vanidad.

Estas tres razones, por las cuales el hombre no debería ser orgulloso, son precisamente las que sirven de cimiento á su orgullo. Si no fuera pecador, no se vería sujeto á una pasión que nace de la depravación de su naturaleza; si no fuera ignorante, vería que no posee nada de que pueda envanecerse, ni manifestarse orgulloso, y si no fuera toda la raza humana miserable, no tendría á la vista aquellos miserables objetos de comparación, que son la causa de su orgullo, y hacen que un hombre se considere hecho de más fina pasta que los demás.

Un hombre juicioso debe contentarse con que su gloria se difiera hasta que él sea verdaderamente glorificado : cuando se disipe la obscuridad de su entendimiento ; cuando su voluntad sea santificada, y su dicha segura ; ó en otras palabras, cuando no sea pecador, ignorante, ni miserable.

Nada hace aparecer más ridícula á la naturaleza humana, á los ojos de los seres dotados de facultades superiores, que el orgullo, porque conocen de tal modo la vanidad de aquellas imaginarias ventajas que hinchán el corazón del hombre, tales como riquezas, condecoraciones, títulos, etc., que debe causar asombro que no se diviertan en su interior, al ver á un mortal inflado y engreído de sí mismo, por alguna de aquellas circunstancias casuales.

Para poner este pensamiento en su verdadera luz, imaginémonos, lector, un montecillo de tierra, habitado por seres racionales muy pequeños, á manera de hormigas, y cada hormiga dotada de pasiones humanas. ¿Cómo no reiríamos si escuchásemos á una que nos contase las genealogías, las distinciones y los títulos usados entre ellas? ; Observa, querido lector, cómo se divide todo el enjambre, y abre paso á la hormiga que atraviesa por en medio de la multitud ! Debes pues, saber, que es una hormiga de calidad, y que la sangre que circula por sus venas, es mejor que la de todas las hormigas que habitan el montecillo. ¿ No ves cuán sensible se manifiesta de semejantes distinciones ; con qué lentitud camina, y cómo toda la plebe del hormiguero se tiene á cierta distancia del gran personaje ? Mira allí otra hormiga sobre una pequeña eminencia, desde donde contempla una numerosa hilera de trabajadores ; es el insecto más rico de esa parte del montecito ; su propiedad territorial tiene media vara de largo, y media pulgada de ancho ; mantiene cien sirvientes y posee por lo menos, quince granos de trigo en sus trojes ; se ocupa ahora de reprimir y castigar á la hormiga que está en presencia suya, y que por todo lo que podemos descubrir, es tan buena hormiga como ella misma.

¿ Pero allí viene un insecto de gran figura ! ¿ No ves una pajita blanca que lleva en la boca ? Has de saber que por nada de este mundo cambiaría él esta pajita ; ¡ oh ! si supieras todo lo que le ha costado adquirirla ! ¡ Observa cómo huyen en derredor suyo las hormigas de toda clase y condición ! Si se le desprendiese la pajita de la boca, verías cómo el numeroso círculo le volvía las espaldas, para seguir al que la tomase, y aun verías al depuesto mismo venir tras de su sucesor.

Ahora, si tienes deseo de ver las hembras del montecillo, fija los ojos sobre aquella hormiga que escucha al insecto que está á su derecha, y finge que desvia la vista de él. El insecto le dice que es una diosa ; que sus ojos brillan más que el sol, y que ella es árbitra de su vida ó de su muerte. Ella lo cree y adopta mil alicances de vanidad. Observa la presunción de la hormiga que está á mano izquierda ; cargada de años, apenas puede arrastrarse ; mas ha de saber, que hace mucho aprecio de sí misma á causa de su nacimiento, y si prestas atención, verás cómo menosprecia á todos los que se le acercan. La presumida que está á su lado es una coqueta vivaracha, que ha causado la desesperación de muchos insectos ; mira qué turba de amantes corre tras ella.

Terminaremos aquí esta escena imaginaria ; pero ante todo, para dar más fuerza al paralelo, supongamos que la muerte aparece sobre el montecito, en figura de un gorrion, que se traga sin distinción, las hormigas de calidad y sus lisonjeros ; la hormiga millonaria y sus trabajadores ; el oficial de la pajita blanca y sus secuaces, con todas las diosas y bellezas del montecillo.

¿ No podríamos imaginarnos que los seres de naturaleza y dotes superiores, miran los ejemplos de orgullo y de vanidad, entre nuestra especie, desde el mismo punto de vista que los que habitan bajo la tierra ; ó valiéndome del lenguaje de un ingenioso poeta francés, de aquellos insectos que habitan el montón de tierra, que la vanidad humana ha dividido en climas ó regiones?

#### LOS TRES CAMINOS DE LA VIDA.

(Versión del inglés de Addison.)

En vez de considerar circunstanciadamente tal ó cual pasión ó carácter en una sola serie de hombres, mis pensamientos se emplearon anoche en contemplar en general la vida humana ; y parecióme en verdad, que todos los hombres se ven precipitados por los mismos deseos, y empeñados en las mismas solicitudes, según las diferentes condiciones de la vida. La juventud se dedica á la sensualidad, la edad media á la ambición, y la vejez á la avaricia. Estos son los tres móviles tanto de los hombres buenos como de los malos, aunque debe reconocerse que cambian de nombre y refinan su naturaleza según el temperamento de la

persona que dirigen y animan; y así suele darse á la sensualidad el nombre de amor virtuoso, á la ambición el de verdadero honor, y á la avaricia el de cuidado previsivo de la posteridad. Este plan de ideas me divertió infinito hasta el momento de ir á la cama, y después se reprodujo en una grata visión, que paso á detallar de una manera ya seria, ya ridícula, según se presentaron los objetos á mi vista.

Soñé que me encontraba en un bosque de tan prodigiosa extensión, y sembrado de tanta variedad de caminos y veredas, que todos los hombres se perdían descarriándose en él. Después de haber ido y venido durante algún tiempo, llegué á un inmenso llano, ocupado por multitud de personas de ambos sexos. Descubrí tres anchos y dilatados caminos, que conducían á tres diferentes partes del bosque. Repentinamente la muchedumbre se dividió en tres cuerpos, según sus diversas edades, y cada cuerpo marchó hacia el respectivo camino que tenía delante. Como mi intento era conocer el término de estos caminos, y el sitio á que conducían, me uní á la asamblea que estaba en la flor y fuerza de la edad, y se denominaba *la banda de amantes*. Encontré, con gran sorpresa, que varios viejos, entre los que yo iba, se habían colado en esta agradable compañía; así como había antes observado que varios jóvenes se habían agregado á *la banda de los acarientos*, y marchaban por el sendero de la avaricia, bien que unos y otros hacían un papel muy ridículo, y prestaban mucho que reír, tanto á las personas con quienes se habían unido, como á las otras dos reuniones de que se separaban. El sendero que recorrimos por bosques espesos, tapices de flores, en donde se oía la melodía de las aves y el lejano susurro de riachuelos y cataratas, era tan grato, que encantó nuestros sentidos y embriagó nuestras almas de placer. No habíamos andado mucho, cuando cada hombre tomó por su cuenta una niña, á la cual ofreció sus tiernos votos y se declaró su amante. Percibimos que este delicioso tránsito se estrechaba á medida que lo recorríamos, hasta que terminó en multitud de sotos intrincados, encrucijadas, y laberintos tan diversificados de rosas, zarzas, helechos de espinas, camas de flores, senderos escarpados y grutas agradables, que no es fácil decir si era mayor la perplejidad ó el placer que resentía el viajero. Aquí fué donde los amantes comenzaron á mostrar más fogosidad en la consecución de sus intentos. Algunas de sus queridas, que sólo por cubrir las formas y la decencia parecían resistir, los condujeron á sitios menos espesos y

sombrios, en donde, después de haber dado algunas vueltas y hecho varias demostraciones, les daban ellas la mano y consentían en ser conducidas por sus pretendientes. Otras huían de éstos, á lugares yermos, en donde las sendas eran tan confusas y enredadas, que muchos de ellos abandonaron su intento ó dieron fin á su vida. Era cosa divertida ver á veces á un hombre perseguir á una mujer, la cual seguía á otro, cuya vista estaba fija sobre un cuarto objeto que atendía á su propio juego en otro paraje del bosque. No pude menos de notar dos cosas que me parecieron muy singulares: primera, que varias personas que permanecían en el fin de las avenidas, y fijaban sobre las ninfas miradas indiferentes, las atrapaban de pronto; á la vez que los que las perseguían con el mayor ardor, empleando artificios y rodeos, eran enteramente desgraciados: segunda, que algunos viejos que eran al principio vistos con aversión y desprecio, atrapaban en sus brazos á varias mujeres, quitándolas á los sujetos que ellas amaban y admiraban, y esto consistía en que aquellos hombres machuchos conocían muy bien los sitios secretos y los laberintos del lugar, y entrampaban en ellos á las mujeres. Había allí una floresta particular, llamada *el laberinto de las coquetas*, en donde muchas eran incitadas á la caza, pero muy pocos volvían con gaza. Era cosa muy graciosa ver á tal ó cual celebrada hermosura que, por sonreír á éste, por dirigir una dulce mirada al otro, por hacer señas á un tercero, y por adaptar sus encantos y sus gracias á las diversas locuras de sus admiradores, atraía dentro del laberinto á una bandada de amantes que se perdían en las revueltas, sin hallar vereda por donde salir. Sin embargo, me fué muy satisfactorio ver que varias de estas hermosas, que habían engañado á sus amantes y dejádoslos en los enredos del laberinto, se vieron ellas mismas, cuando salieron fuera de él, obligadas á rendirse al primer solicitante que se les presentó. Ya había yo recorrido todos los difíciles y oscuros parajes que parecían poner término á nuestro paseo, cuando vi hacia la izquierda, que el mismo gran camino seguía adelante estrechándose hasta llevar al pasajero á dos hermosos templos. Detévine aquí algún tiempo y vi que muchos de la multitud, que habían sido dispersos en el bosque, venían de dos en dos, y marchaban en pares hacia dos templos que estaban delante de nosotros. La estructura del de la derecha, estaba, como supe luego, consagrada á la vida virtuosa, y no podía ser visitado sino por las parejas que recibían un anillo, ó cualquiera otra prenda, de una persona que es-

taba como de guardia en la puerta del templo. Esta persona tenía una guirnalda de rosas y de mirlo en la cabeza, y una especie de manto imperial, blanco como la nieve, sin la menor mancha ni adorno, excepto el broche con que podía sujetarlo al pecho, broche figurado por dos tórtolas columbinas, y que se abotonaba enganchando los dos picos de las aves, engastados en rubíes. Este sujeto se llamaba Himenco, y estaba sentado en la entrada del templo en una deliciosa enramada de árboles revestidos de madre selva, jazmines, amaranto, emblemas del matrimonio. Como yo estaba solo y sin compañera, no se me permitió visitar el templo, y por la misma razón ignoro los misterios que allí se celebraban. Tuve, sin embargo, la curiosidad de observar la salida de las parejas. Había dos grandes puertas en la parte trasera del edificio por las cuales salía la multitud. En una de estas puertas se hallaban dos mujeres extremadamente hermosas, aunque de talante diferente; la una tenía un aire muy compuesto y cuidadoso y la otra una especie de dulce sonrisa en su aspecto. La primera se llamaba Discreción y la segunda Complacencia. Todos los que salían por esta puerta y se ponían bajo la dirección de estas dos hermanas, eran inmediatamente conducidos por ellas, á jardines floridos, verjeles y prados, en donde abundaban las delicias, y se encontraban todas las comodidades que pueden entrar en la composición de lo que se llama felicidad. Por la segunda puerta salían todas las parejas mal casadas, las cuales se hallaban atadas entre sí con cadenas y grillos, y por ambas partes se hacían esfuerzos para romperlos, sin que pudiesen conseguirlo. Varias de estas parejas no se conocían antes de haberse encontrado casualmente en el camino, ó antes de hallarse bien informadas de los malos pasos del bosque. Esta puerta estaba á cargo de tres hermanas, que se unían con aquellos miserables, y ocasionaban muchas de sus miserias. La mas jóven era conocida bajo el nombre de *Ligereza*, que con la inocencia de una virgen tenía el vestido y los modales de una meretriz. El nombre de la segunda, era *Disputa*, y llevaba en su brazo derecho un manguito de piel de puerco espín, y en el izquierdo un perro de falda que ladraba y mordía á todo el que pasaba junto á ella.

La hermana mayor, que parecía tener un aire más imperioso y altanero, se veía siempre acompañada de un *Cupido* moreno, que por lo regular marchaba delante de ella con una pequeña clava, de figura semejante á los cuernos de un venado. Su vestido era

amarillo y su rostro pálido. Sus ojos eran perspicaces; pero de mirar extraño, y afectados de aquella particular enfermedad, que hace que las personas que la padecen vean los objetos dobles. Después de informarme, supe que su nombre era *Celo*.

Habiendo terminado mis observaciones sobre este templo y sus votarios, me acerqué al de la izquierda, que era llamado *el templo de la sensualidad*. El frontispicio se elevaba sobre columnas corintias, con todos los ornatos libres que acompañan á aquel orden; á la vez que el del otro templo, se componía del casto y modesto orden jónico. Sus costados estaban adornados con varias figuras grotescas, cabras, gorriones, dioses paganos, sátiros, endriagos y monstruos, mitad hombres y mitad bestias: las puertas no tenían guardián y estaban abiertas para todo el que quería entrar. Luego que pasé al interior, noté que las ventanas eran casi ciegas, y que sólo daban entrada á una especie de crepúsculo que servía para distinguir un prodigioso número de rincones y alcobas, en que se hallaba dividido todo el templo. Quedé aturrido con un ruido confuso de vociferaciones y alegría. Por un lado oía yo cantar y bailar: por otro disputas y el choque de las espadas. En una palabra, me sentí tan disgustado de verme allí, que determiné ausentarme; pero encontré que no se podía salir por la puerta por donde había yo entrado, porque se hallaba atrancada para todos los que estaban dentro, con candados de hierro y cerrojos de diamante. No había modo de salir de este templo, siguiendo los senderos de placer que conducían á él. Todos los que celebraban las ceremonias del lugar, iban á dar á un postigo de hierro guardado por un gigante llamado *Remordimiento*, que tenía un látigo de escorpiones en su mano, y los arrojaba en la única salida de aquel templo. Este pasaje era tan escabroso, tan desigual, y tan encombrado de zarzas y espinas, que fué un triste espectáculo ver las penas y dificultades que sufrían las parejas que habían celebrado las ceremonias del lugar. Los hombres, aunque en el verdor de su juventud, aparecían débiles y como consumidos por la edad; las mujeres se torcían las manos y arrancaban los cabellos, y muchas perdieron sus narices ú otras partes de su cuerpo, antes de poder salir de los embrollados senderos en que se habían extraviado.

Atravesé con la mayor dificultad el bosque, hasta llegar al centro en donde se presentaban los tres grandes caminos. Uníame á los hombres de media edad que seguitan el estandarte de la *Ambición*. El gran camino era recto é iba á dar al *templo de la Vir-*